

Olga Acevedo

## Alfonsina Storni

—El solo nombre de esta mujer excepcional que se ha ido, ya es una música. Porque la vida entera de Alfonsina Storni hasta su muerte, fué un poema magnífico, fácil, flúido, tremendamente natural y auténtico, como un bosque, un río, una montaña ardiente, una verdad inconmovible.

Alfonsina Storni fué un poeta de verdad, un gran poeta de su tiempo; espíritu que ardía como un árbol de estrellas al través de su delgada forma de mujer. Alma que atravesará el mundo como una gran tempestad de luces, un gran torrente evocador o un rugido de dolor; quemando, estremeciendo siempre, entregándose maravillosamente, yo diría, como esas fuerzas ocultas de la Naturaleza que van casi inconscientes de sí mismas, saturándolo y enriqueciéndolo todo con la influencia magnífica de su amor hacia todo.

Es el distintivo del poeta auténtico, aquesta suerte de dignidad propia con que asoma a un planeta, un artista de verdad. Diríase aquella simple y maravillosa dignidad de la luz, el color, el perfume; toda aquella belleza real y permanente, aquello que viene profundamente cierto, desde muchas distancias incommensurables a decirnos su mensaje feliz, puro y sin esfuerzo, y van después por los caminos de este mundo, muchas veces atormentados y solos, desconocidos de todos, porque vienen de zonas muy distintas y hablan un lenguaje distinto y sienten de extraño y maravilloso modo, todo.

Son los poetas de verdad. De aquellos a los que perteneció la admirable amiga que se ha ido. Aquel espíritu de luz y de sollozo que se llamara Alfonsina Storni, y que no hace mucho ha entregado al Mar del Plata—en su patria—el último poema de sus días.

En nombre de la Sociedad de Escritores de Chile, cábeme esta profunda satisfacción y el legítimo orgullo de evocar su recuerdo, refiriéndome aunque sucintamente, a su breve y maravillosa vida de poeta.

Vida atormentada desde el principio al fin, la vemos venir desde niña como un salto de agua de montaña fresca, ahita, inconteniblemente ávida y generosa, en una sola y permanente decisión: el Amor.

Ya en 1916, empezaba a cantar:

Ando por las selvas verdes, rumorosas  
Descalzas las plantas, los brazos desnudos.  
Mis dedos pequeños son sobre felpudos  
colchones de musgo, botones de rosa.

El sol a mis pasos se alegra y aviva.  
Serpientes lacustres refrescan la tierra.  
Y por sus verdores me hundo, como esquivo  
ninfa, a quien la sombra de sátiro aterra...

La gran amorosa que fué Alfonsina Storni, empezaba a es-  
pigar ya su formidable poema. Exquisita, sensible hasta el dolor,  
no vemos jamás en esta alma apasionada y fuerte, un lapso de  
ecrenidad o de estatismo.

Vehemente, lírica, inquieta, ella se quemará por los cuatro  
costados como un sándalo sacrificial, y ha de atravesar los más  
duros y complejos trances de la vida, en anchas y definitivas  
pruebas de sensación y heroicidad.

Alfonsina no tiembla, no se arredra sin embargo. Intuitiva -

mente percibe el caos en que ha de luchar siempre y en pleno albor de juventud ha de exclamar, como provocando su destino:

«¿Dónde estará lo que persigo, ciega?»

Ha desarrollársele algo como la voluptuosidad de su lucha con la vida, y aun la dulce o agridulce voluptuosidad de su capacidad de amar y de sentir.

Gozo de gran calidad, gozó de alma fuerte, consciente de su grado y de su ritmo. Llena de generosas esperanzas, la oímos cantar en su libro «El dulce daño» publicado en 1918:

Dime al oído la palabra dulce  
camoatí zumbador.  
Las letras que se asomen a tus labios  
han de oler a malvón.  
Dime al oído de palabras todas  
la palabra mejor.  
Si puedes, que se escurra de los labios  
modulada sin voz.

Música de tu boca a mis oídos  
todas tus palabras son.  
Música que adormece bajo el fino  
rubio vellón.  
De los cabellos de la primavera  
Gracia y olor.

El amor, este envión formidable que enciende abismos y rompe cráteres de horror y maravilla, sacudirá con una violencia inusitada la vida frágil de este enorme poeta que levanta.

Aun conteniéndose ha de exclamar, un día:

Es noche, tal silencio  
que si Dios parpadeara  
lo oyera. Yo paseo...  
En la selva, mis plantas  
pisan la hierba fresca  
que salpica rocío.  
Las estrellas me hablan  
y me beso los dedos  
finos de lana blanca.  
De pronto soy herida  
y el corazón se para.

Se enroscan mis cabellos  
mis espaldas se agrandan;  
Oh mis dedos florecen  
mis miembros echan alas.  
voy a morir ahogada  
por luces y fragancias.  
Es que en medio a la selva  
tu voz dulce me llama...

\* \* \*

Vida heroicamente generosa la suya, ha de ser la tierra pródiga y exuberante donde el Amor vivirá sus mejores tiempos de belleza. Arbol de frutos ricos, siempre ha de estar ella a la vera de algún destino, para dárselo todo maravillosamente. Nunca pedirá nada. Sublime, lo dará todo siempre.

Corazón infinito, sexo pródigo, Alfonsina apasionada e incontenible, crecerá sobre su gran montaña musical, como un signo, un canto, un emblema triunfal.

En su libro «Irremediablemente» publicado en 1919, nós dirá:

Tu vida es un gran río, va caudalosamente.  
A su orilla, invisible, yo broto dulcemente.  
Soy esa flor perdida entre juncos y achiras  
que piadoso alimentas, pero acaso ni miras.

Cuando creces me arrastras y me muero en tu seno  
cuando secas me muero poco a poco en el cieno;  
pero de nuevo vuelvo a brotar dulcemente  
cuando en los días bellos vas caudalosamente.

Soy esa flor perdida que brota en tus riberas  
humilde y silenciosa todas las primaveras.

\* \* \*

Río de caudales insondables, la gran amorosa no desmayará  
ante ninguna desilusión de la vida, ni ante ningún obstáculo de  
su destino. Por sobre todas las luchas y los embates de este mundo,  
ella la alucinada, la vehemente, la incontenible, amará siempre,  
se atormentará siempre.

Te ando buscando amor que nunca llegas (exclama)  
Te ando buscando amor que te mezquinas.  
Me aguzo por saber si me adivinas  
Me doblo por saber si te me entregas...

Es sublime hasta lo conmovedor su inconmensurable capacidad de amar. La vida no tiene otro sentido para ella. Es de la legión de las grandes sensitivas de su tiempo y ni siquiera piensa en torcer o mistificar su destino. Es tan natural y tan profundo su sello, que ha de quedar inconmovible en la historia de los poetas de su tiempo; alta, radiante, simple sin embargo, como una colina o un campanario de palomas.

A pesar de las grandes amarguras que ya ha de provocarle

el amor y ese su gozo profundo de la vida, Alfonsina vibra y se estremece nada más que en la órbita de esta gran red de fascinación.

Llegará a tener reacciones oscuras y conoceremos por primera vez su alarido rugiente y amenazador de leona herida en lo profundo:

Oh primavera de las amapolas  
tú que floreces para bien mi casa,  
luego que enjeyes las corolas,  
pasa.

Beso, la forma más voraz del fuego  
clava sin miedo tu endiablada espuela.  
Quema mi alma, pero luego,  
vuela.

Odio tremendo como nada fosco,  
odio que truecas en puñal la seda.  
Odio que apenas te conozco  
Queda.

Y es que ya los egoísmos, los desengaños, las hondas mequindades de la vida, han de latiguar impiamente la pulpa rica de ese inmenso corazón de fuego. Según cuentan, gran corazón de amiga, de madre, de amante.

Ella dará sin medida. Agua de los manantiales irá jubilosamente sin embargo, inundándolo todo, enriqueciéndolo todo con esa vigorosa y alucinante pasión de sus días líricos, que ha de perdurar hasta el último instante de su vida.

Henchida de todas las tonalidades y las gamas de su raza, tendrá también todas las gradaciones de su instinto y la arrebatada culminación de su destino. Es un incendio, una locura o una languidez absoluta.

Conocerá luego todos los abismos y las vertiginosas vibraciones de una exasperada sensibilidad, y con los ojos arrasados de lágrimas nos dirá algún día en su libro «Languidez» publicado en 1920:

Con la cabeza oscura caída hacia adelante  
está la mujer bella, la de mediana edad.  
Postrada de rodillas y un Cristo agonizante  
desde su duro leño la mira con piedad.

En los ojos la carga de una enorme tristeza  
en el seno la carga del hijo por nacer.  
Al pie del blanco Cristo que está sangrando, reza:  
Señor el hijo mío que no nazca mujer.

\* \* \*

La serpiente del desengaño habrá envenenado al fin, y para siempre las claras vertientes de su fe. Por cada flor que ella ha entregado, le habrán devuelto una ingratitud. Por cada entrega, un escarnio; por cada palabra generosa, una maldición más.

Es el destino del poeta. Incomprendido y negado, combatirá inútilmente, con voz de música y perfume, contra armas de muerte y de perfidia. Su partida estará perdida irremediablemente.

Maduro de dolor y desengaño, el poeta,—este poeta que se llamó Alfonsina Storni—sonreirá al fin estoicamente. Y aun a sabiendas de todo, no podrá contener su imperecedera capacidad de amar. Con la serpiente del engaño enroscada ferozmente a su corazón, nos entregará este sollozo, en su libro «Ocre» publicado en 1925:

Soy tuya, Dios lo sabe por qué, ya que comprodo  
que habrás de abandonarme, fríamente mañana...

Y parece que ya el proceso fatal, el temible proceso de los marcados por un signo trágico, se inicia entonces en esta admirable mujer de amor y sacrificio.

Desgraciadamente no vemos en su alma de pasiones quemantes, nada que pueda salvarla de su línea y su fin. Fija, recta, indeclinable, va de tramo en tramo, ganando a grandes saltos el vaso ahíto de su tragedia. Quiere sonreír sobre el tazón amargo de sus lágrimas y un poco cínica y un poco fuera de sí misma exclamará algún día:

Es una boca más la que he besado  
Qué hallé en el fondo de tan dulce boca?  
Que nada hay nuevo bajo el sol, y es poca  
la miel de un beso para haberlo dado?

Heme otra vez aquí, pomó vaciado.  
Bajo este sol que mis espaldas toca,  
a la cordura vanamente invoca  
mi triste corazón desorbitado...

Y nada le dará ya un consuelo, ni un derrotero cierto a su «triste corazón desorbitado» según sus propias palabras. Y nosotros, tampoco vemos nada en la vorágine en que va envuelta su vida; ni una luz, ni un camino, ni una voz de piedad. Todo es sombra y sollozo, estepa y silencio.

Consciente de sí misma, ella se dará cuenta de su verdad irremediable. Y con esa misma naturalidad y esa misma salvaje franqueza con que lo ha dicho todo siempre, nos entrega su pena en este verso:

### INUTIL SOY...

Por seguir de las cosas al compás  
a veces, quise en este siglo activo,  
pensar, luchar, vivir con lo que vivo  
ser en el mundo algún tornillo más.

Pero atada al ensueño seductor  
de mi instinto volví al oscuro pozo.  
Pues como algún insecto perezoso  
y bello, yo nací para el amor.

Inútil soy, pesada, torpe, lenta.  
Mi cuerpo al sol tendido se alimenta  
y sólo vivo bien en el verano.

Cuando la selva huele y la enroscada  
serpiente duerme en la tierra calcinada  
y la fruta se baja hasta mi mano...

\* \* \*

A pesar de todo, nada la apartará de su sincero y auténtico ser natural. Ella nació para el amor y para el canto del amor, y aunque el mundo pase a su lado como una tromba alucinante, ella caerá pesadamente al margen, y nada ajeno a sí misma penetrará en el «oscuro pozo de su instinto».

Nunca se arrepentirá de ello. Y esto, creemos, es el sello inconfundible de la vida y la poesía de Alfonsina Storni. Esta profunda sinceridad suya, merecerá nuestro más alto respeto.

No nos asaltará jamás una vacilación suya, ni una salida de sí misma hacia planos extraños. No la sorprenderemos jamás en tanteos meticulosos ni en afanes de literatura barata. Como artista de verdad, Alfonsina fué profundamente sincera, respetablemente sincera en todo lo que pensó, lo que hizo y lo que escribió en su vida.

Dándole siempre a su corazón el puesto de mando en su destino, nunca se arrepintió de ello.

Fuera de ley mi corazón (dice)  
a saltos va en su desazón.

Y muere acá, sucumbe allí,  
cazado allá, cazando aquí.  
Donde lo quiera yo dejar  
mi corazón no se ha de estar.  
Donde lo deba yo poner  
mi corazón no ha de querer...

Así irá extinguiéndose esta llamarada pasional que embelleciera con tan potentes poemas de vida y de dolor la Literatura del Continente.

Minada, pero no vencida, la veremos enfilarse hacia rutas nuevas, virando instintivamente hacia la etapa final de su destino.

En plena renovación de ritmo y de contenido en poesía, Alfonsina Storni, comprende que su voz va un poco ajena al movimiento y se apresura a integrarse en sus filas.

Pero ella misma no sabe bien que al pretender renovar el sentido y la armadura de su verso, tiende también sus dos alas de fuego hacia los abismos sin vuelta de su muerte.

Escribe entonces «Círculos sin centro». Unos poemas nuevos y limpios, completamente extraños a su pasada canción, de amor y juventud. Queda atrás la grande y alucinada amorosa, la andariega sin sosiego, la compañera cordial y trasnochadora la mujer de pasión y de alegría. Una tristeza fría y recóndita se yergue desde el fondo de su vida cansada. Vemos a Alfonsina sonreír tristemente, ocultando con sus dos manos pálidas su corazón incomprendido.

Nada la consuela ya, porque nada puede consolarla. El amor ha pasado con su día de sol y maravilla. Y un crepúsculo apresurado, trae sombras de horror y de fatiga sobre su última esperanza.

Su herida quema impiamente y una amargura solapada socarra su boca generosa. Qué esperará de la vida cuando nunca le ha dado nada. Si ya no tiene nada que entregar en cuanto a

salud y entusiasmo físico, su vida no tendrá razón de seguir más en este mundo.

Azotada por muchos obstáculos y desengaños, minada también por una enfermedad incurable; con un poco de ceniza sobre sus sienes pálidas y una pesada losa sobre su corazón, Alfonsina vira hacia latitudes extrañas, como un barco a su destino.

Es decir, y digásmolo de una vez, que ha llegado el momento en que un gran temperamento, un gran corazón, un verdadero gran poeta se da cuenta cabal de que la hora del narcisismo ha pasado y que un imperativo claro e impostergable empieza a señalar al escritor su puesto de responsabilidad en el momento de histórica trascendencia por la cual atravesamos.

¿Pero, hay en realidad un clima: metal propicio donde mueren o prosperan los grandes espíritus en quienes debe pesar la responsabilidad del pensamiento actual?

Cabe pensar en que tanto un Leopoldo Lugones, como un Horacio Quiroga y luego un Lisandro de la Torre, se estrellan también contra una muralla de tinieblas que los obliga a precipitarse violentamente hacia la muerte.

¿Qué pasa en realidad, que estos grandes valores, estas almas exuberantes de pasión y maravilla, de los cuales se hubiera logrado tan óptimos y señalados frutos, son empujados a la exasperación un día, mutilando en plena flor, el caudal valiosísimo que hubiera aportado al gran movimiento de renovación y de justicia social?

Es lo cierto que nuestra gran Alfonsina Storni con esa incontenible exuberancia temperamental suya, que ya no encuentra cauce ni medio de desplazamiento alguno, empieza a morir anticipadamente en una atmósfera espiritual propicia. Omnisciente, fija e irreductible, aparentemente amainada en su deslumbradora tempestad interior, empieza a modular un verso nuevo, verso que pudiéramos llamar de espanto y evocación perentoria:

Esponja del cielo—dice—  
carne verde del mar,  
por tus carriles blandos  
hube de andar.  
Sobre tu esmeralda fría  
mi carne no quería quemar  
mi corazón se volvía  
verde como la carne del mar.  
El barco que me conducía  
no sabía más que zarpar,  
pero el cuerpo que me contenía  
se quedó extático sobre el mar...

El espíritu empieza a sufrir algo así como el dolor de desencarnar. Y como todo gran poeta, ella es finamente intuitiva y profética:

En el fondo del mar—continúa—  
hay una casa  
de cristal.  
A una avenida  
de madréporas da.  
Un gran pez de oro  
me viene a saludar.  
Duermo en una casa  
un poco más azul  
que el mar.  
Un pulpo me hace guiños  
al través del cristal.  
Y sobre mi cabeza  
arden en el crepúsculo  
las erizadas puntas del mar...

La muerte ha entrado ya en su corazón y todo será oscuro y frío desde entonces. Ni una luz, ni una sonrisa, ni una esperanza. La atmósfera se le hará cada vez más irrespirable y morirá en ella fatalmente. Ninguna vez la podremos ver salir de su órbita para encimar a otros horizontes o siquiera a otros planos de humanidad.

Atada a su medio, bella y magnífica eso sí, ella irá cayendo pesadamente hacia abajo, siempre hacia abajo, «hacia el fondo verde del mar».

Tenderá su mirada fría un día y nos dirá sollozando:

Ya te hundes, sol; mis aguas se coloran  
de llamaradas por morir; ya cae  
mi corazón desenhebrado, y trae  
la noche, filos que en el viento lloran.

Ya en opacas orillas se avizoran  
manadas negras; ya mi lengua atrae  
betún de muerte, y ya no se distrae  
de mí, la espina, y sombras me devoran.

Pellejo muerto el sol, se tumba al cabo.  
Como un perro girando sobre el rabo,  
la tierra se echa a descansar, cansada.

Mano huesosa apaga los luceros.  
Chirrían, pedregosos los senderos  
con la pupila negra y descarnada...

Helada, ausente, como una sonámbula, caminará hacia su fin, sin una queja, sin una palabra de rencor. Ella, la pródiga, la apasionada, la que lo dió todo y lo sacrificó todo. ¡Ah! La que por ser pródiga, apasionada y musical, nos hubiera dado en este momento toda esa inconmensurable y maravillosa fuerza pa-

sional, que con mayor razón la habría colocado en una señalada cumbre entre las mujeres de genio del Continente.

Un destino implacable se ha cumplido en ella, sin embargo. Y nada podemos ya, sino recordarla con el más puro y encendido cariño si el más profundo respeto.

Poeta hasta la muerte, terminará su canción con un sollozo que repercutirá en el opaco corazón del mar, allí donde ella musitará a solas y para siempre:

Estaba solo el mar  
y solo el cielo.  
Y era todo un espacio  
gris y frío.  
Y yo no oía nada  
ni veía  
más que ese gris monótono  
y sin vida.  
Y a mi costado  
el perro contra el viento  
aullaba; y sus ladridos  
sacudían las olas muertas,  
y en el aire de plomo  
su quejido abría rumbo;  
y las orejas tensas  
parecían alzarse como antenas  
hacia desmanteladas  
gargantas.  
Había nidos  
de ratones vivos  
donde mis ojos secos  
no veían?  
  
Fantasmas acunábanse  
en los picos lejanos  
de las aguas

Y caras subterráneas  
en la pared del viento  
aparecía  
Y alguien vestía el mar  
y lo rayaba  
en su rostro de sombras?  
Esta vez  
un aullido interminable  
se levantó  
de su cabeza erguida,  
y se lanzó a correr  
hacia el poblado  
huyendo de aquel mar  
como si alguno  
le ordenara partir.  
Y a su abandono  
mi corazón enloquecido  
echó a volar....

¡al fin!

\* \* \*

Con este último desgarrado verso de espanto y de soledad,  
se ha apagado la voz de Alfonsina Storni, una de las poetisas  
más sinceras y más auténticas de este Hemisferio.